

sultan amenos, estimulantes, y bastante novedosos. Por esto constituyen una lectura interesante y útil para quienes quieren entender la revolución mexicana en nuestros días.

Romana FALCÓN
El Colegio de México

Paul M. ROCA: *Spanish Jesuit churches in Mexico's Tarahumara*, Tucson, University of Arizona Press, 1979, xxiv + 369 pp., ilus.

Paul M. Roca nos da un buen ejemplo de lo que podría hacerse para ampliar nuestro conocimiento y mejorar nuestra apreciación del arte religioso mexicano. Escribió un libro sin escuchar el canto de las sirenas que atrae a muchos otros que se interesan por temas similares, o sea el canto de la historia del arte que hace que se esfuerzen en disfrazar de tal a sus obras, cuando en realidad no pasan de ser descripciones o catálogos. Estaríamos más adelantados si el tiempo y esfuerzo que consume ese disfraz se dedicara, fructíferamente, a una labor descriptiva más amplia. El libro de Roca no tiene ninguna pretensión de ser historia del arte; tampoco es un catálogo ni una guía turística. Pero está lleno de erudición e información histórica actualizada, es bastante exhaustivo, y logra una imagen vivida de los monumentos que estudia —casi cien—, su ubicación y su estado de conservación. Es fácil de consultar por su concisión, y agradable de leer por su amenidad. Sirve al historiador y sirve al lector general. Al terminar de leer y examinar la obra no puede uno menos de desear que pronto contemos con libros así para las iglesias de cada región, ciudad o jurisdicción eclesiástica, o para las que pertenecen o pertenecieron a un determinado estilo o institución. En este sentido está más adelantado ya nuestro conocimiento del Norte, porque se beneficia de los estudios emprendidos sobre el Suroeste norteamericano. El propio Roca preparó anteriormente un libro sobre las iglesias de Sonora. En el Centro, en cambio, el interés por estos temas parece ir en descenso.

Desde luego, las pobres y pequeñas iglesias del Norte pueden parecer poco más que pilas de adobe para el ojo acostumbrado a la arquitectura del México central. Las dos o tres páginas que bastan para describir la iglesia de San José de Pámachic o la de

Santa María de Guaguachic apenas servirían para esbozar la portada de una obra de arte de la talla de la Valenciana. No olvidemos, sin embargo, que aun en el centro de México la gran mayoría de las construcciones religiosas coloniales eran muy modestas, y que han llegado hasta nuestros días destruidas, modificadas y a veces irreconocibles. Casi nadie les ha prestado atención, y menos aún a las modificaciones que han sufrido, porque el sentido estético de un conocedor de la arquitectura religiosa del México central se ofende justificadamente frente a un edificio que ha perdido su armonía o unidad de estilo originales, sea para dar lugar a una bóveda de concreto o a una decoración moderna. Pero esto es parte de su historia. Y no olvidemos tampoco que aun los monumentos del México central se siguen destruyendo y alterando, sea abriendo calles para los autos o derrumbando aplanados para seguir la moda rústica que tanto gusta al público provinciano. El estudioso de la arquitectura colonial del centro de México debiera a menudo contentarse con las modestas exigencias de los que se ocupan del Norte, y darse cuenta de que también a él el paso del tiempo le está dejando poco más que pilas de adobe. Y para el historiador —no el crítico— del arte, tanta atención debieran merecer las obras originales cuanto los añadidos de otras épocas.

Paul M. Roca posee una sensibilidad especial para estudiar las iglesias de las misiones norteñas. No tendría nada que decir de ellas si esperara encontrar en ellas lo que no tienen. Para él, los restos de las construcciones originales, las destrucciones, las adiciones, y la gran variedad de decorados y accesorios —coloniales o no, discretos o estrambóticos— son parte de la historia de cada edificio y merecen igual atención. Sin desconocer el valor de los retablos dorados de Santo Tomás de Tojorare, por ejemplo, sabe darle su lugar a la modesta ornamentación de otros sitios: las descascaradas pinturas y el desproporcionado altar de San José de Pámachic, o el altar neogótico pasado de moda de Santa Cruz de Valle del Rosario. A menudo, la carencia de un criterio estético definido molesta al lector, pues obras muy mediocres reciben más atención de la que merecen. Sin embargo eso es parte de lo interesante del libro, pues lo convierte en testimonio preciso y bastante imparcial, que puede servir para el análisis de un crítico o historiador del arte. Roca, además, tuvo cuidado de asentar la fecha en que visitó cada iglesia y de decir lo

que vio —que un cuadro, por ejemplo, estaba fuera de su sitio y arrimado en una esquina.

En general, el libro es bastante parco en cuanto a juicios de valor respecto a las iglesias, pero hay algunos. Sin duda Roca se acercó a los edificios con un criterio estético amplio, pero no podemos menos de sonreír cuando nos dice que encontró gracioso un altar lleno de cortinas y pilares pintados simulando mármol, todo ello en tonos pastel, o cuando se enternece con un altar adornado con lienzos verdes y amarillos y unas bolitas de árbol de navidad. Las fotos que proporciona son muy elocuentes: faltó al autor un poco de sentido del humor, lo necesario para poder distinguir entre lo *camp* y lo gracioso o lo grotesco.

Describir casi cien iglesias de la zona tarahumara de Chihuahua no es tan difícil, sin embargo, como localizarlas y visitarlas. Roca estudio para ello la historia de las misiones jesuitas y reunió referencias sobre cada una de ellas. Estas referencias se encuentran, desde luego, en el libro, con la descripción de cada lugar. Pero muchas de ellas son muy parcas: a veces, las fuentes se limitan a indicar que tal partido comprendía una visita de tal nombre a tantas leguas, que la iglesia había sido construida por determinado misionero y, acaso, que el lugar había sido atacado durante alguna sublevación. Localizar cada lugar a partir de datos así es a menudo difícil, y todos sabemos las dificultades que conlleva viajar por esa región, donde los caminos son escasos y malos, no se obtienen referencias fácilmente, y cada recorrido implica muchas horas al volante. Roca recorrió la zona en varias ocasiones entre 1968 y 1976, cuando aún no se abrían algunas de las nuevas carreteras, y no contó con mapas modernos detallados de la región —no tuvo a su disposición los mapas 1:50 000 de la Secretaría de la Defensa y de la agencia Detenal publicados recientemente— pero corrigió muchos datos equivocados que aparecen en otras obras sobre las misiones.

Tanto detalle como las iglesias reciben, en el libro, los misioneros jesuitas. En la descripción de cada una de las iglesias hay referencias sobre los personajes que tuvieron que ver con ellas: sus constructores, sus sacerdotes más destacados, sus visitantes, etc. Pero además el libro cuenta con un directorio biográfico muy erudito y extenso —casi 75 páginas, más de 200 entradas— de los jesuitas que evangelizaron en la Tarahumara o tuvieron alguna relación con el área, y de algunos otros personajes no jesuitas. A

propósito de estos personajes, y de la historia de las misiones de Chihuahua en general, Roca manejó bibliografía y documentación muy amplias y completas, y, lo que es más importante, interrelacionó y trató de conciliar informaciones dispersas, a veces complementarias y a veces contradictorias. Desgraciadamente, ciertas parrafadas apologéticas que Roca lanza algunas veces para exaltar a los misioneros jesuítas hacen desmerecer un poco la seriedad de su trabajo.

La descripción de las iglesias jesuítas de la Tarahumara es, por lo demás, bastante amena. Roca no sigue un patrón descriptivo sino que, según el caso, nos habla primero del interior o del exterior, de la planta o del decorado, de la iglesia original o de su estado actual. Tampoco los datos históricos que acompañan a las descripciones están siempre expuestos del mismo modo, ni lo están las descripciones del estado actual de las localidades en que se encuentran los edificios. Sin embargo, nunca faltan estas informaciones, ni tampoco datos sobre la ubicación de esos sitios y la forma de llegar a ellos. Roca relata sus viajes y a veces habla de algunos de los habitantes de esas localidades, incorporando anécdotas diversas: en los muchos viajes que hizo por la región recogió variadas experiencias. Evidentemente no es buen andarín, porque habla de los pocos recorridos que tuvo que hacer a pie o en mula como si hubieran sido verdaderas hazañas, con las correspondientes exageraciones. Dejando esto de lado, su libro tiene, además de sus otras cualidades, la de ser una muy buena guía para viajar —en jeep— por la sierra Tarahumara.

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ
El Colegio de México

John M. HART: *Anarchism and the Mexican working class*,
Austin, University of Texas Press, 1979.

Este libro constituye una aportación para el mejor conocimiento de las ideologías que influyeron en la conformación de la conciencia política de la clase obrera mexicana. En este caso, al ocuparse del anarquismo, Hart parte de una presentación general de los orígenes del anarquismo en Europa para explicar más adelante la evolución del anarquismo mexicano y su influencia en la clase obrera. Según Hart, la historia de la clase laboral me-